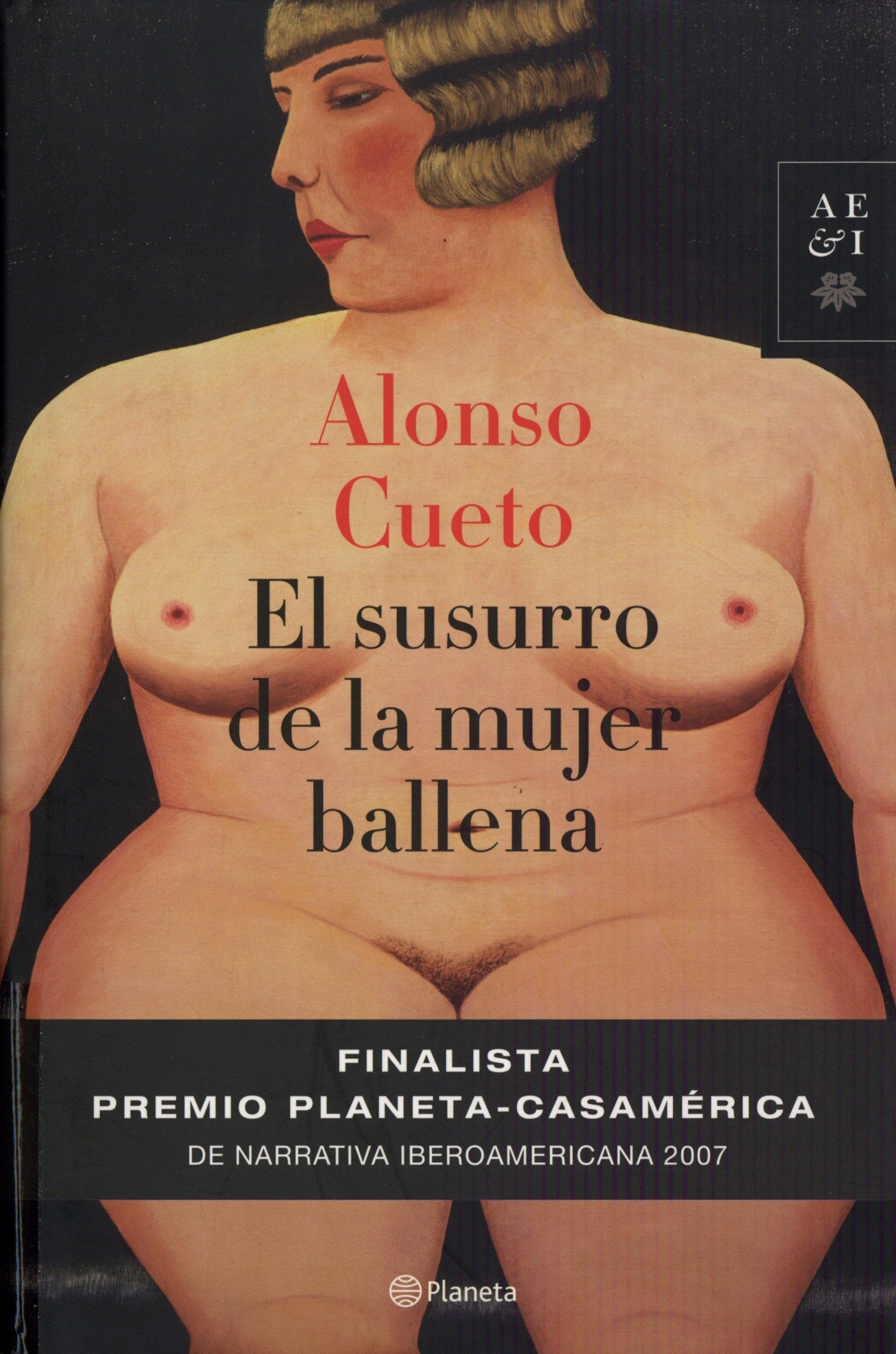

A E
& I

Alonso Cueto

El susurro de la mujer ballena

FINALISTA
PREMIO PLANETA-CASAMÉRICA
DE NARRATIVA IBEROAMERICANA 2007

Planeta

Esta novela resultó finalista del I Premio Iberoamericano
Planeta-Casa de América de Narrativa 2007,
concedido por el siguiente jurado:
Miguel Barroso, Juan Gossaín, Gabriel Iriarte,
Eduardo Mendoza y Juan Villoro.
La reunión del Jurado tuvo lugar en Bogotá
el 21 de abril de 2007.
El fallo del Premio se hizo público dos días después
en la misma ciudad.

Alonso Cueto

El susurro de la mujer ballena

Finalista del Premio Iberoamericano
Planeta-Casa de América de Narrativa 2007

Planeta

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados

© Alonso Cueto, 2007
© Editorial Planeta, S. A., 2007
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: junio de 2007

Depósito Legal: B. 31.784-2007

ISBN 978-84-08-07399-4

Impresión y encuadernación: Grup Balmes-AM06

Printed in Spain - Impreso en España

Este libro está dedicado a Carlos Cueto Fernandini
y a Lilly Caballero de Cueto

«Miss Amelia let her hair grow ragged, and it was turning gray. Her face lengthened and the great muscles of her body shrank until she was thin as old maids are thin when they go crazy. And those grey eyes —slowly day by day they were more crossed, and it was as though they sought each other out to exchange a little glance of grief and lonely recognition.»

CARSON MCCULLERS, *The Ballad of the Sad Café*

Fieles a su naturaleza de ficción, los personajes, escenarios, situaciones y eventos de esta novela corresponden solo a la imaginación del autor, y no guardan relación con modelo alguno tomado de la vida real.

I

Mi cita era a las seis, y había llegado tarde.

Estaba parada en el umbral. Miré el reloj.

La recepcionista me dijo que me sentara. El doctor no iba a tardar mucho, me insistió.

Me senté. La sala tenía muebles anchos y pinturas de atardeceres. Había muchos barquitos descansando en las orillas. Pensé que era una sala hecha para tranquilizar a pacientes como yo.

Leí algunas revistas. Las dejé a un lado. Me puse a dibujar en un papel. Algo parecido a lo que hacía en la clase de Miss Tina. Después de llenarlo, arrugué el papel y lo puse en mi cartera.

Por fin la puerta se abrió. Mi médico, Pepe Barco, estaba de pie, y sonriendo, junto a la puerta. Me saludó con más cariño del usual, lo que me preocupó.

Su consultorio era un lugar amplio, con estantes llenos de libros, algunos diplomas y muchas fotos de sus hijas. En la esquina había una planta alta y frondosa, un objeto algo excesivo para esa habitación. Pero todo el resto —los cuadros, los libros, los adornos— parecía haber sido colocado en su lugar.

Era una oficina agradable, como el médico que la ocupaba. Quizá por eso, yo había ido allí tantas veces, siempre

para consultarle acerca de mis alergias y demás problemas.

Nos sentamos. La luz del final de la tarde lo iluminaba en ese momento. Era casi un sueño realizado. Un hombre fuerte y bondadoso frente a mí.

—Bueno, todo está en orden —me dijo mientras sostenía las hojas del informe.

—¿Estoy bien? —le contesté.

—Estás estupenda —me felicitó—. La glucosa, el colesterol, los leucocitos y los hematíes. Todo normal. Mira.

—¿Y de lo demás no hay problema?

—Todo está bien. No hay de qué preocuparse.

Di un suspiro de alivio. Miré hacia la ventana.

—Bueno... qué bien.

—La noche que te trajeron en la ambulancia nos diste un susto tremendo. No me puedo olvidar de cómo estabas, toda bañada en sangre. En cambio ahora, mírate, estás radiante.

—Bueno, por lo menos recuperada. Gracias a ti.

En ese momento sonó el teléfono. Lo oí decir que llamaría más tarde.

—Y todo lo demás, ¿qué tal? —me dijo.

—Bien. Todo tranquilo.

—¿Todo bien con la familia?

—Ay, sí. Mi hijo Sebastián va a terminar el año con buenas notas en el colegio. Está muy bien.

—¿Y en el trabajo?

—Bueno, la verdad es que me encanta mi trabajo. Me hace aprender algo nuevo todos los días. Además, a veces hago viajes interesantes. Y ahora vamos a ampliar la sección.

—Me alegro mucho, Verónica. Ya todo pasó, entonces.

Hablamos un rato más. Nos despedimos.

Mientras salía, pensé que tenía razón. Sí, en cierto modo ya todo había pasado. Me sentía más tranquila. Pero él no sabía nada de lo que había tenido que ocurrir para llegar a este punto.

* * *

Al salir del consultorio, en vez de ir de frente al ascensor, seguí por el pasillo de la clínica. De pronto me encontré con la habitación donde me habían internado un tiempo antes. Entré. Estaba vacía.

Me quedé allí un rato, todo lo que pude.

Esa tarde, al llegar a mi auto, tomé la decisión. Iba a terminar de escribir este libro. Iba a encontrar un modo de escribirlo en las mañanas, en las noches, los fines de semana. Recuerdo que era un día de fines del 2005.

Durante los meses anteriores había reunido apuntes, fragmentos, un diario personal. Pero esa tarde, después de estar en la habitación, me decidí a terminar de contar la historia y a buscar que se supiera, a pesar de todos los riesgos. La he escrito por ella.

Quiero aclarar que en esta versión he cambiado los nombres y algunas circunstancias. No puedo aparecer aquí con mi verdadero nombre, ya se entenderá por qué.

Gracias a la gestión de una amiga, le di el texto a un escritor que ha agregado algunas frases y ha quitado otras, pero no ha omitido nada.

La historia con Rebeca empezó, o más bien se reinició, precisamente durante uno de mis viajes como periodista de la sección internacional.

* * *

Una mañana, al llegar al periódico, recibí una llamada de Lucho, el director.

Lo encontré como siempre, ocupado frente a la computadora.

—Hay un viaje en tu presupuesto que no se ha cumplido —me dijo—. Te sugiero ir a Colombia.

—¿De qué quieres que escriba?

—De todo. Como siempre.

Mi encargo en Bogotá era escribir una serie de informes sobre la situación general. Lucho me lo describió. Un texto con el sabor de una crónica y la seriedad de un informe, ¿me entiendes? Datos de la economía, declaraciones de la gente de la calle y algo de comentario general. ¿Te parece?

Claro.

El último de los viajes de mi vida, tal como era por entonces, resultó interesante y hasta divertido. Todo salió como lo había previsto. Llegué al Hotel Tequendama de Bogotá muy temprano un martes y de inmediato llamé a confirmar mi cita con el presidente Uribe.

Un taxi me dejó en el barrio de La Candelaria y tuve tiempo de tomar un café mientras miraba pasar a la gente. A las doce estaba sentada en el despacho presidencial. Uribe salió de una puerta y me sonrió.

Durante la conversación, recordó a su padre muerto por la guerrilla y habló de su afición a escribir poemas. Me dijo que su esposa era una gran lectora de poesía, y que de vez en cuando reunía en el Palacio de Nariño a un grupo de poetas para recitar y comentar libros recientes.

No solo hablé con él. También con la ministra de Relaciones Exteriores y con líderes de la oposición, también con los escritores Jorge Franco Ramos y Juan Gustavo Cobo Borda. Y con mucha gente de la calle. Gracias a un amigo periodista, me encontré con un exmiembro de las FARC que me hizo dos o tres confesiones. Escribí también una crónica sobre mi visita a la colección de Fernando Bo-

tero. Arte, gobierno, violencia y literatura. Espero que sea un buen cóctel de temas, le dije a Lucho en un correo.

Mandé partes del informe tres días seguidos al periódico en Lima, y el cuarto paseé por la ciudad. Caminé mucho por La Candelaria. Un ambulante me tomó una foto junto a la Alcaldía (tengo la foto aquí cerca, como un recuerdo). La última tarde comí un exquisito ajiaco en casa de una amiga a la que no había visto en muchos años.

Llegué al aeropuerto esa noche, pensando en todo lo que me esperaba en Lima. Tenía que presentar un informe sobre la marcha de mi sección al día siguiente frente al directorio del periódico.

El vuelo estaba casi lleno. Hice una cola larga, siguiendo los pasos de unos mochileros rubios que despedían un olor a tierra. Por fin, entré al avión equipada con una novela que había empezado en el hotel. En el corredor del avión, empecé a sentir frío.

Vi a dos monjas sentadas en el asiento delantero. Ambas miraban de frente. Parecían ensimismadas, atentas a un rosario entre los dedos. Miré hacia el fondo. La mitad o más de los pasajeros hablaba por sus celulares.

Aunque le tengo pánico, la altura me fascina. Quizá por eso en los aviones escojo sentarme junto a la ventana. Durante esos segundos en los que el avión despega y me quedo de pronto suspendida, me siento (perdonar la cursilería) como un ángel que se escapa de su cuerpo.

Saqué una libreta y me puse a escribir. Encontré la libreta hace poco. Había escrito algo así.

En un avión somos seres transitorios. El cuerpo que vuela sobre el mundo está como liberado de su propia materia. Vuela, flota, está suspendido. Allí arriba no estamos en ningún país, no pertenecemos a ninguna región, no tenemos un nombre o un oficio. Somos una parte minúscula del gran aire cósmico, un punto

oscuro, un organismo sin tiempo ni espacio definidos. El presente se aísla durante unas horas para reconocer el pasado y postergar el futuro: un pasajero ha dejado un lugar y no ha llegado a otro. Su estado es transitorio, habita una pausa entre dos modos de vida. Viene de un clima, de un cielo y de unas paredes, de un conjunto de obligaciones, y se dirige hacia otro. Por el momento solo recuerda y espera. Después de algunas horas, el mundo da una voltereta y el caos se regenera. Al aterrizar nos reinsertamos lo mejor que podemos entre las cosas. Aterrizar, regresar, llegar, las antiguas cosas nuevas. Venimos de afuera, de lejos. Siempre estamos partiendo y llegando, y regresando. Para mí, viajar siempre ha sido un verbo temerario.

Por entonces, me había dado por escribir cosas así.

Estábamos a punto de despegar. Hice lo que siempre hago en esos casos: apreté al máximo el cinturón de seguridad, pensé en mi hijo y recé algo. Tuve la tranquilidad de comprobar que varios días de buena comida colombiana no habían sido suficientes para desarrollar demasiado mis caderas.

* * *

Quizá porque pensaba en eso, noté las dimensiones de la mujer que se había sentado a mi derecha.

Era un organismo descomunal.

Una gorda de brazos como oleoductos, embolsada en un traje negro, estaba a mi lado. La azafata le dijo que le iba a traer un cinturón especial.

La vi apenas por el rabillo del ojo, pues no quería llamar su atención.

Sentí un estremecimiento helado.

¿Era ella? Sí, era ella, claro.

Movía uno de los brazos, del que colgaba una lonja sobrante de carne. Estaba rebuscando algo en su cartera, in-

sistiendo con los dedos, arañando algún objeto en el fondo de la cartera una y otra vez. Tenía la piel tostada, como si estuviera recién llegada de unas vacaciones playeras. Me concentré en mi libro. Las letras me temblaban.

Después de un rato comprendí que en realidad mi compañera de asiento no parecía estar buscando nada.

Estaba entregada, más bien, a un ejercicio repetido y desesperado. Solo quería seguir rasgando los objetos que guardaba en el bolso —tenían un sonido a peines, pomos, chisguetes, un monedero. Era como si quisiera romperlos.

El bolso parecía un animalito de cuero muerto que ella gozaba torturando. Llevaba anteojos de lunas oscuras, con aspecto de antifaz.

Despegamos. Nos sumergimos en un vacío negro y tranquilo. Traté de concentrarme en mi libro. El autor de la novela era Sándor Márai y contaba la historia de Henrik y Konrad. Me la había recomendado una amiga. La había leído en las varias noches de hotel y me faltaba poco. Llegué al final.

A mi lado, ella se había quedado inmóvil. No estaba durmiendo. Estaba como paralizada, con los ojos abiertos. Yo me propuse quedarme dormida. Esperaba que no me reconociera. Que no me reconociera, Dios mío.

Después iba a recordar que a lo largo del viaje ella no leyó, ni vio la película, ni escuchó música, ni apenas se movió. Estuvo mirando hacia delante como una esfinge, concentrada en la espalda del asiento delantero. Cuando se movía, era solo para buscar algo rápido en el bolso. Comprobaba que estaba allí y luego se quedaba tranquila. Yo apenas la miraba.

En algún momento, me levanté para caminar por los pasillos del avión. Luego entré al baño. Me quedé allí todo lo que pude. ¡La cantidad de avisos que hay en el baño de

un avión: advertencias, precauciones, órdenes, todo escrito en letra roja! Me quedé allí hasta que alguien tocó la puerta. Era la azafata. Salí con una sonrisa y avancé por el pasillo.

Fue entonces cuando ocurrió el incidente.

Al entrar a mi asiento, mi pierna se topó con su vasito de café, que le cayó sobre las piernas. Un racimo de líneas marrones se extendió por su vestido.

—Disculpa —le dije—, lo siento mucho.

No me contestó. Tenía las manos en alto, como un pájaro grande tratando de alzar vuelo.

Repetí las disculpas varias veces, pasé unas servilletas por el vestido y me senté a seguir leyendo. ¿No me había reconocido? Parecía que no. ¿No debía ofrecerme a llevarle el traje a la lavandería? Perdona, hola, cómo estás, no te había reconocido, ¿quieres que te lleve el traje a la lavandería? Pero mejor no, para qué voy a decir algo así, pensé. Sería un exceso de cortesía o de estupidez. Era obvio que había sido un accidente.

Nos quedamos en silencio.

El avión se estaba inclinando para el aterrizaje. Miré el reloj. Tenía una sensación extraña. Me parecía que algo terrible estaba a punto de ocurrir.

Lo que pasó a continuación es en realidad la primera escena de esta historia.

Me apoyé en el asiento. Volteé hacia ella. Me estaba mirando.

Quizá me había estado mirando desde hacía un rato. Tenía unos ojos negros y secos, como piedras.

—No te has dado cuenta, ¿no? —me dijo.

Sonreía. Sus dientes se mostraron en toda su extensión. Pronunciaba cada palabra con una voz áspera, como si estuviera expulsando algo sólido.

Me quité los anteojos.

—¿Perdón? —dije.

—No me reconoces, ¿no? Soy Rebeca, ¿no te acuerdas? ¿No te acuerdas de mí?

Solo entonces la vi de frente.

En la piel gruesa, de pronto, como un acto de magia, apareció el dibujo claro de sus facciones. Era como un maleficio sonriente del pasado. La cogí de una mano. Estaba fría y suave.

—Rebeca, claro, claro que sí. ¿Cómo estás?

—Bueno, como puedes ver, no me va muy bien. Mira cómo estoy.

Una de las manchas del café se había extendido y formaba un camino largo entre sus piernas.

—Discúlpame, Rebeca. De verdad.

—No te preocupes, no te preocupes. Puedo comprarme otro vestido. Ese no es el problema.

—¿Qué pasa?

Dejó de sonreír. Miraba hacia delante. Estaba apoyando la mano en la barbilla.

—Es que estoy muy mal. ¿No me ves?

Extendió las manos como haciendo un recorrido sobre su cuerpo.

—No. ¿Por qué?

Se inclinó hacia mí. Las manchas en el vestido se doblaron.

—Bueno, por lo que imaginas.

—¿Por qué dices eso?

Me miró de frente. Una voz suave.

—¿No te parece obvio?

—Bueno, no sé.

En ese instante, como en una emboscada, recuerdo los sonidos de esa noche.

—Bueno, pero me parece que está bastante claro.

—¿Qué? —me atreví.

—Estoy mal obviamente por lo que me hicieron en el colegio, Verónica. Las burlas, las risas, las cosas que me decían, todo lo que me hacían. La vez que me tiraron las cosas de mi lonchera al basurero, por ejemplo. ¿Te acuerdas?

Me froté las manos y miré por la ventana. Luego volteé hacia ella. Me observaba con una especie de serenidad.

—¿No te acuerdas? —insistió.

Hubo un largo silencio.

Miré hacia abajo.

¿Me acordaba? Claro que sí. Un día, durante el recreo, Tita Traverso le vaciaba los panes y dulces de la lonchera. Lo tiraba todo al tacho de la basura. El ritual había durado cinco o diez minutos. Tita y sus amigos echando sus cosas. Yo había estado allí cerca. No lo había hecho, pero lo había visto hacer. Sus dulces, su botella, sus panes, todo rodando por el jardín y luego en el basurero, y las chicas y los chicos riéndose. Para que no sigas engordando, gorda. Para que hagas dieta, Rebeca. Ella se había dado la vuelta y se había ido corriendo. Yo me había ido, en señal de protesta.

Al día siguiente lo había comentado con Hugo, uno de los chicos. Me parece muy mal lo que hicieron ayer. Es que queríamos divertirnos, me había respondido. ¿Divertirse, querían divertirse? Qué dices, Hugo. Son unos inmaduros todos ustedes, oye.

—Sí, sí me acuerdo —le dije, mirándola—, pero bueno, es que los chicos lo hicieron sin mala intención. Es que eran muy inmaduros. Hugo, Oswaldo, Doris y Tita... todos eran muy inmaduros. Pero no eran malos. A veces los muchachos son así, pues.

—¿No eran malos, Verónica? ¿No te parece que eran malos?

La voz había sonado como una puñalada.

—No, no sé. Pero hablamos de eso, ¿te acuerdas? Y tú me decías que no te importaba. ¿No te acuerdas?

—Pero ¿tú me creías? Sí, claro que me creías.

La imagen apareció otra vez. Una ronda, unas voces, su cuerpo en el medio.

Nos quedamos en silencio. El rostro parecía haberle crecido.

De pronto, el ruido del avión regresó para instalarse entre nosotras. Estábamos dando vueltas sobre el mar. Cogí una revista.

—Bueno, lo siento. ¿Qué más te puedo decir? Lo siento por todo.

Los focos del panel se prendieron. Una voz anunció que pasarían a recoger los auriculares.

Las luces de Ancón brillaron a lo lejos.

Tuve que voltear hacia ella. Sus ojos tenían una luz pequeña en el centro.

Crucé las piernas. Dejé la revista a un lado.

—¿Y ahora qué haces? —le dije—. ¿En qué trabajas?

Miró hacia adelante.

—Es que ahora todo ha cambiado.

—¿Ha cambiado? ¿Por qué?

Se frotaba los dedos como si quisiera sacarse algo de la piel.

—Porque recibí una herencia.

—¿Una herencia?

—Una herencia de un millón de dólares... me los dejó una tía.

Me sonrió mientras asentía con la cabeza.

—Caramba, Rebeca. Te felicito, oye. Un millón de dólares no se recibe todos los días.

Las alas del avión crujieron. Nos habíamos enredado en un grupo de nubes.

Me aferré al asiento. El avión se elevó y empezó a dar otra vuelta.

—Sí, una tía que siempre me quiso... —continuó—. Mi tía Carolina. Juntó toda esa plata, dólar por dólar, solo para dejármela. La invertí en una empresa. Y del millón que tenía ahora tengo diez millones de dólares. No hago nada —alzó los brazos—. Tengo un negocio de exportación que camina solo. Tengo lo que mucha gente quisiera tener. Tiempo y dinero. Mucho tiempo y mucho dinero, la verdad. Ahora mismo vengo de viaje de una playa en el Caribe. ¿No me ves?

Pasó la mano delante de su cuerpo.

—Vaya, cuánto me alegro.

—¿Te alegras? ¿De verdad te alegras?

—Claro que sí.

Me ofreció una sonrisa larga.

—Bueno, dime. ¿Por qué dices que te alegras, Verónica?

—Bueno, no sé, porque me alegro de que te vaya bien.

—Pero ¿por qué te alegras de que me vaya bien? A ti no te importa nada de lo que me pase.

—No sé por qué dices eso.

—¿De verdad te alegras?

—Me alegro por ti, Rebeca. De veras.

Hubo una pausa.

—Y tú, ¿qué haces? ¿A qué te dedicas?

El avión se elevó. Estaba buscando un pasaje por donde atravesar la red de nubes. Me parecía que nos habíamos inmovilizado.

—Trabajo en un periódico. Por mi carrera viajo a veces.

—¿En qué periódico trabajas?

—En *El Universal*.

—Caray, un trabajo interesante. ¿En qué sección?

—En la página internacional.

Miró hacia abajo, como si estuviera meditando.

—Dime una cosa —dijo.

—¿Qué?

—¿Podríamos vernos? —susurró—. ¿Como antes?

—¿Vernos?

—Me gustaría verte un día, no sé. Para conversar. Tenemos tanto de qué hablar. Como en el colegio.

—Bueno, sí. Si quieres.

Tras una turbulencia breve, vi por fin las luces pálidas de Lima. El avión se inclinó rápidamente y dio un golpe contra la pista.

—Tenemos tanto que hablar —repitió, bajando la voz.

Puso las manos entre las piernas.

—Si quieres, llámame —me resigné a contestar.

La voz de la aeromoza anunció que debíamos quedarnos sentadas. Esperaban vernos en un próximo vuelo.

—¿Tienes una tarjeta?

Miré por la ventana.

Rebeca se desató el cinturón.

—No, no tengo tarjeta.

—Me parece raro. Una profesional como tú sin tarjeta.

La azafata se acercó.

—Abróchese el cinturón por favor, señora.

Rebeca se lo abrochó con dificultad.

Incliné la cabeza y cerré los ojos.

Pensé en mi esposo Giovanni, que estaría viendo televisión. Y en mi hijo Sebastián. Ya debía estar dormido.

De pronto la voz de Rebeca me hablaba de muchas cosas al mismo tiempo: la universidad a la que había ido en Estados Unidos, su fábrica en Los Olivos, el departamento en San Isidro donde vivía sola.

—Estoy sola pero me alegro —concluyó—. La soledad es como un hogar en cierto modo, ¿no?

Siguió hablando. El avión avanzaba, arrastrándose en medio de una explanada de aviones dormidos. Todo se veía borrado por la neblina, como a una gran distancia. Aunque yo miraba hacia fuera, ella seguía hablando. Había un edificio y unos hangares. Me parecía que su voz servía de fondo a un paisaje espectral.

Seguíamos avanzando.

Miré el reloj. ¿Tan lejos habíamos aterrizado? Te contaré que acabo de estar en una isla en Bahamas, seguía diciendo Rebeca. El mar era de un color esmeralda y la arena blanca, blanca, blanca como el azúcar. No sabes lo rico que era estar allí. Por las mañanas me despertaba, tomaba desayuno y luego iba a la playa a olvidarme de todo. No llevaba libros ni revistas ni nada parecido. Solo me echaba allí, dispuesta a olvidarme. Solo quería echarme sobre la arena y quedarme allí. ¿Qué te parece?

Me la imaginé. Pensé que tendría una ropa de baño negra, hecha de hule.

Por fin, el avión se detuvo.

Me paré, le dije hasta luego, le ofrecí una rápida sonrisa y bajé mi maletín. Entré en el pasillo del avión. El par de monjas avanzaba hacia la puerta. Logré escurrirme entre ellas y dejarlas atrás mientras escuchaba un sonido de reproche. Qué malcriada, dijo una de ellas. Vi la cabeza de Rebeca desapareciendo entre el tumulto de los otros pasajeros que descargaban los maletines. Avancé por el corredor de entrada junto a los avisos de Machu Picchu y del pisco, y me atreví a mirar hacia atrás. La había perdido por el momento. Sin embargo, en la cola de migraciones la volví a ver de lejos.

Por fin llegué a la ventanilla. Un agente de ojos tristes me dijo «Bienvenida», mientras me ponía un sello en el pasaporte.

Llegué a la sala donde se recogen las maletas. Esperé. Las monjas estaban junto a mí. Se decían algo entre carcajadas. Parecían estar contándose chistes rojos.

De pronto la vi materializarse a mi lado. Era como si su hada madrina la hubiera traído desde el final de la cola.

¿Tienes muchas maletas?, dijo. No, solo tengo una. Ha sido un viaje corto. Igual estoy cansadísima. Yo pensaba proponerte ir a tomar un trago. Ahora no, estoy muy cansada. ¿Otro día? Ay, sí, Rebeca. Mejor otro día.

Cargué la maleta, que me pareció de pronto muy ligera. Me despedí otra vez, y llegué a la puerta de salida.

No había tráfico a esa hora y el taxista aceleró durante casi todo el camino.

En la casa encontré bien a Giovanni y a Sebastián. Le había traído un regalito a cada uno. Una billetera para Giovanni y un disco de Slipknot para Sebas.

Cuando llegué, Giovanni estaba acostado. Me dio un beso, recibió su regalo y volvió a quedarse dormido. Fui al cuarto de Sebastián y lo desperté. Ay, mi amor. Te extrañé tanto, mi amor.

Sentí su cuerpo tibio.

Me senté a ver televisión. El último noticiero no traía nada nuevo. Me fui a acostar.

En la oscuridad, las imágenes reaparecían. La cara del presidente Uribe, los fusiles de los paramilitares, la colección de Botero, los fotógrafos ambulantes en La Candelaria, el vestido manchado de Rebeca. ¿Podríamos vernos? Necesito verte, de verdad. Tenemos tanto de qué hablar.

Claro. No habíamos mencionado lo que de veras nos unía, la antigua verdad que se escondía detrás de nuestra breve conversación, de las huidas en la cola, de los labios temblorosos mientras me preguntaba.

A veces aún podía verla. Yo en el círculo y ella adentro, muda. Esa noche, durante algunos segundos me había mirado. Mientras intentaba dormirme, comprendí que me había seguido con la mirada durante todos estos años.